

REVUE
DES
DEUX MONDES

FRANÇOIS BULOZ, FONDATEUR

QUATRE-VINGT-DIX-NEUVIÈME ANNÉE

15 AOUT 1929

VALOMBRÉ. — <i>Troisième partie</i>	HENRY BORDEAUX. 721 <i>de l'Académie française.</i>
MÉMOIRES. — V. ACCORD PASSAGER AVEC M. THIERS.	DUC DE BROGLIE 768
AU PALAIS ALEXANDRE APRÈS LE DÉPART DE L'EMPEREUR. — <i>Août 1917.</i>	GEORGES LOUKOMSKI . 803
LE GOÛT DE L'INSTRUCTION ET SON PRIX DEPUIS TROIS SIÈCLES	V ^{TE} GEORGES D'AVENEL. 827
AU CŒUR DE L'ANATOLIE. — III. AUX BORDS DU TIGRE.	NOELLE ROGER 860
LE CONSULAT DE BONAPARTE. — V. L'ÈRE DES DIFFICULTÉS.	LOUIS MADELIN. 884 <i>de l'Académie française.</i>
L'AVIATION POSTALE, SES PROGRÈS ET SON AVENIR.	MAURICE LEWANDOWSKI . 914
UNE CORRESPONDANTE DE SAINTE- BEUVE. — MADAME BECK-BERNARD . .	S. ROCHEBLAVE. 931
CHRONIQUE DE LA QUINZAINE. — HISTOIRE POLITIQUE.	RENÉ PINON 949

LE NUMÉRO — 240 PAGES — 6 francs

PARIS — 15, rue de l'Université

Revue des deux mondes

François Buloz, Fundador

Año noventa y nueve

15 de agosto 1929

Correspondencia entre Sainte-Beuve y Lina Beck Bernard por S. Rocheblave

El interés que despierta Sainte-Beuve -se ha visto hace dos años en las conferencias de André Bellesort- está lejos de haberse agotado. Siempre hemos estado y estaremos interesados en esta vida de trabajador y en particular en estas correspondencias “literarias” de personas que lo buscaban frecuentemente y lo encontraban pues, si el obrero de “Las charlas de los lunes” tenía poco tiempo para perder con interlocutores fortuitos, el hombre era acogedor. Y no era sólo para George Sand que se abría el gabinete de la calle Montparnasse, que se convertía a veces en confesionario: su consejo delicado y desinteresado respondía fácilmente no sólo a alguna alma en pena, sino también a algún joven ingenioso que buscaba su vía, a algún talento florecido en provincia, que se dirigía a su experiencia o deseaba de él un apoyo discreto.

Es un ejemplo de esos oficios amables y esos servicios limitados que se encontrará en la correspondencia, limitada también, que intercambió, al final de su vida, con una mujer distinguida la señora Beck Bernard. El no la conocía cuando ella inició un primer gesto epistolario que no quedó sin respuesta. De allí un intercambio de cartas, poco nutrido, es verdad, pero que fue seguido de un viaje a Paris, de una larga entrevista con Sainte-Beuve, encuentro registrado inmediatamente por la visitante al salir de la casa del escritor, todo esto ocurrido el último año de la vida de Sainte-Beuve, en 1869, un poco menos de seis meses antes de su muerte.

Para nada banal, la personalidad de esta nueva “desconocida” de Sainte-Beuve, tan diferente de algunas otras desconocidas que se conocen. Por sus orígenes familiares, por su nacimiento, la señora Beck Bernard pertenece a Alsacia. Nacida en Bitschwiller cerca de Thann (Alto Rin) el 10 de febrero de 1824 Lina Bernard no conoció durante mucho tiempo las alegrías que rodean un nacimiento. Tenía apenas 10 meses cuando su padre, ingeniero en una manufactura en una fábrica de la región, fue asesinado por un obrero. A partir de entonces el hogar estuvo sumido en un ambiente sombrío donde el único rayo de luz fue el estudio. Había una notable cultura intelectual en la sociedad distinguida del Alto Rin a la cual pertenecían los Bernard-Berger. El abuelo materno, el señor Berger, era un hombre no sólo instruido sino notable por su cultura a la vez literaria y científica. Fue él quien forjó la educación de Lina. La inició no sólo en el latín sino también en el griego, en las ciencias, en el dibujo. El mismo era el yerno del escritor bilingüe Théophile Conrad Pfeffel, el Gellert alsaciano cuya estatua se erguía antiguamente sobre una de las plazas de Colmar, su ciudad natal¹.

Nutrida en las letras desde su infancia, arropada por la ternura familiar después de la desgracia, Lina Bernard tuvo un desarrollo precoz y completo.

Muy pronto su imaginación se reveló viva y sana, así como sus selectos gustos literarios. A sus quince años, en 1839, cuando su madre la llevó a Basilea, ya escribía poesía, componía tragedias que leía a sus compañeros de estudios haciéndolos llorar de emoción y de admiración. La estadía en Basilea fue breve. A partir de 1840, madre e hija se establecen

en Lausana. Vinetⁱⁱ, que intercambiaba correspondencia con la señora Bernard, aconsejó tal vez a la familia esta instalación. Lausana es la patria intelectual de Lina Bernard.

Allí, desde su arribo, Lina demuestra su naturaleza atraída por el bien social y por el mejoramiento del destino de la mujer. Ya en Basilea, el tema de las prisiones de mujeres la preocupaba. En Lausana, se vuelca a la educación moral y literaria de las obreras. Sigue instintivamente la misma ruta de la educación popular y el llamado “de las voces de los fondos” en la que marchaban, por la misma época, el Michelet de *Peuple* (1844), el Lamartine de *Geneviève histoire d'une servante* (1851), la George Sand de *Lettres à Poncy* y de su *Chantier* que sigue siendo un hito en la “literatura proletaria”ⁱⁱⁱ. Lina Bernard se casa en 1852, tiene entonces 28 años. Su marido, Carlos Beck, hombre de iniciativa, inteligente y buen administrador, se había hecho cargo de un proyecto riesgoso de colonias a dirigir y organizar en esa República Argentina recién constituida que pedía a la vieja Europa brazos para fecundar la inmensidad de sus llanuras. Partió con su esposa en 1856 para fundar varias colonias en Argentina en las cercanías de Santa Fe. La señora Beck Bernard secundó enérgicamente a su marido en esta ruda tarea; su inteligencia se expandió aún más al tiempo que sus ojos quedaban encantados con estos grandes horizontes. Como madre, pagó un doloroso tributo: dos niños fallecieron uno tras otro. Fue sin duda esta prueba junto con dificultades de todo tipo que la hacen volver a Suiza, sola con sus otros hijos en 1862. Su marido sólo pudo reunirse con ella en 1864. Volvía con el título de Cónsul general de la República Argentina y publicaba al año siguiente un libro sobre este país, el primero que apareció en francés después de la descripción más bien estadística de Martin de Moussy^{iv}.

Lina se instala con sus cuatro hijas nuevamente en Lausana, ciudad de colonos descolonizados, en la colina de Montbrillant. Salvo un viaje prolongado a Italia, la señora Beck Bernard no se moverá más de allí hasta su muerte acaecida en 1888. Veintiséis años de deberes familiares, de acción social, de beneficencia brillante, veintiséis años de felicidad en que sólo la muerte de una hija de quince años en 1875 la vistió de duelo. Desde el portal de su casa de Montbrillant, Lina posaba su mirada sobre lo que Sainte-Beuve llamaba “el dulce jardín del país de Vaud, y la vista de sus tranquilas cuestas”. Pero ella no se absorbía en una contemplación ociosa. Su generoso idealismo, su pasión por el perfeccionamiento moral la conducían más que nunca al estudio y a la curación de los males de los cuales, a pesar de las revoluciones, la sociedad continuaba sufriendo. Y para ayudar además de la palabra y el ejemplo, ella tenía su pluma. El primer uso que hace de ésta está dedicado a ese país magnífico y todavía inculto que acaba de dejar. El libro hoy inhallable, titulado *El río Paraná o cinco años de estancia en la República Argentina* publicado en París en 1864, escrito con la abundancia ornamentada y cuidada que era la marca literaria del estilo de entonces, llamó la atención por su novedad y por la belleza de los espectáculos naturales que describía. La autora, con su espíritu todavía colmado de escenas y a veces de dramas de los cuales ha sido testigo, emprende la publicación de otros episodios que reúne bajo el título *Flores de las pampas, escenas del recuerdo del desierto argentino* (Paris-Ginebra, 1872). Uno de los episodios *La estancia de Santa Rosa* es publicado en la *Revue des Deux Mondes* el 15 de noviembre de 1864. Este brillante debut parecía prometer el nacimiento de una novelista. Pero el éxito no era lo que buscaba La señora Beck Bernard o por lo menos, lo que más ambicionaba. Su mirada iba más allá. Aun en sus páginas de descripciones novelescas, la nota humana se destaca. La crueldad del dictador Rosas, el espectáculo de la esclavitud en Brasil le inspiran en *Río Paraná*, generosas protestas. Un profundo sentimiento religioso le dicta la conclusión de una emotiva novela corta llamada *Fra Antonio*. Ensanchar la conciencia religiosa, corregir lo que, en las leyes y en las instituciones es “una violación

perpetua de los derechos y de la dignidad humana” aquélla fue la tarea a la que se consagra. El régimen penitenciario de las mujeres se transforma en el objeto de sus generosas preocupaciones. Una sangrienta ejecución en el cantón de Vaud le inspira un folleto *Sobre la pena de muerte* (1868) que, nos dice uno de sus biógrafos M.G. Correvon^v, contribuyó a la supresión de esta pena en ese país. En 1869 escribió una *Memoria sobre las prisiones de mujeres* que fue traducido a varios idiomas. Ecos vibrantes le responden de Suiza, de Alsacia, de Francia. No hay que asombrarse si, dentro de las amistades que la honraban, podemos contar, en los restos de su correspondencia piadosamente conservados y comunicados a nosotros por su hija, la señora E. de Bavier, nombres tales como Giuseppe Garibaldi, Edgard Quinet, Jules Simon; y más tarde, de Victor Hugo, Elisée Reclus, Herzen, Gabriel Monod, Ferdinand Buisson. Las relaciones con Sainte-Beuve forman un episodio aparte, sobre todo literario, y distinto.

Es a propósito de Pfeffel que parece haber comenzado el intercambio epistolar. La señora Beck Bernard había publicado en la gran revista suiza “La Biblioteca universal” de enero y febrero de 1866 un estudio sobre su antepasado, publicado al mes siguiente en un folleto en Lausana. La señora Beck Bernard envió un ejemplar a Sainte-Beuve acompañado de una carta donde evocaba los recuerdos que él había dejado en Lausana. He aquí la respuesta de Sainte-Beuve.

Paris, 29 de abril de 1866

Señora:

Es verdad que todo lo que recibo de Lausana es importante para mí. Estoy contento de que se guarde el recuerdo de aquél que no hizo más que pasar pero que ha llevado de ese hermoso lugar y de sus habitantes, un gran reconocimiento. He leído con gran interés la noticia biográfica de su venerable antepasado. Usted nos ha dibujado una pura y bella figura de sabio, una bella cabeza de ciego. He leído con placer anécdotas sobre Delille y su gobernanta, sobre la señora de Albany y Alfieri, etc. Le agradezco sinceramente y la felicito por este ensayo de biografía piadosa y filial.

Reciba usted, señora, mis respetuosos saludos.

Sainte-Beuve

Esta carta es de una extrema cortesía. Una segunda carta, dos años después, descubre algo más, un intercambio de observaciones literarias, según el cual se puede inferir que hay otras cartas que han desaparecido. Tal vez podemos determinar cuándo ocurrió esto. Sainte-Beuve publicaba en la *Revue de Deux Mondes*, el 1º de marzo de 1868 el estudio llamado “Camille Jordan y la señora De Staël”, extraído de papeles de familia que alcanzó a Sainte-Beuve el nieto de Camille Jordan, el señor Arthur de Gravillon. El nombre de Gérando aparece varias veces en este estudio. Pfeffel había estado siempre estrechamente relacionado con la familia de Gérando. La señora Beck Bernard, quien desde Montbrillant podía casi ver Coppet, y cuyo reciente trabajo debía sin duda mucho a nuevos contactos con lo que restaba del antiguo círculo Camille Jordan-Staël-Gérando, debió, según nosotros, escribir a Sainte-Beuve apenas apareció su artículo. Sainte-Beuve respondió:

6 de marzo de 1868

Estimada señora:

Su atención me honra. Cuando reimprima este artículo, su amable aporte será objeto de una nota. Es muy difícil de hacer revivir de manera verosímil esas fisonomías extintas, cuando no se las ha conocido personalmente o que no se ha tenido el soplo directo de la tradición. Cada círculo de la sociedad es un pequeño mundo aparte; en tanto se lo frecuente, se sabe todo de él y se cree que todos deben saber las mismas cosas, y luego, pasados diez, veinte o treinta años, el círculo se ha roto o desvanecido: no queda ningún testigo, nada escrito, y está uno forzado a adivinar todo, a reconstruirlo todo a través de vagos rumores y de débiles ecos. Un completo olvido envuelve aquello que había sido tan vivo, animado, brillante, ruidoso, tan lleno de risas, de juegos y de movimientos, tan confiado y seguro de sí mismo. Usted me ayudará, señora, con su agradable página tan precisa, a levantar una punta del velo que cayó sobre una de las amables sociedades del pasado.

Reciba usted el homenaje de mi afectuoso respeto.

Sainte-Beuve

El respeto de Sainte-Beuve se vuelve “afectuoso” y este matiz dice algo. ¿No se podría suponer que esta carta no quedó sin respuesta y que acto seguido, la correspondencia pasó de temas locales a otros más generales? Era de esperar que la señora Beck Bernard pasara de la actualidad de ayer a la de hoy, y de las ideas políticas de Camille Jordan a las que se elaboraban entre Veytaux (donde vivía Edgard Quinet) y Montbrillant, por no citar más que dos puntos de una polarización más general. Esto se puede leer entre líneas en la carta siguiente, que supone que hubo otras en el intervalo.

24 de mayo de 1868

Señora:

Le agradezco sinceramente su testimonio de atención y de interés. Cuántas veces, en efecto, mi pensamiento se ha vuelto hacia ese pequeño país modelo y tan libre, donde hay pasiones, sin duda, como en todas partes, más o menos buenas, pero donde el amor por la verdad puede declararse abiertamente. Se pueden hacer allí experiencias sociales antes y en menor escala que los grandes estados sólo harán más tarde.

Volviendo a un antiguo tema, en una conversación que tuve con el señor de Rémusat con respecto a Camille Jordan, descubrí que era el primo hermano muy unido e íntimo de los hermanos Périer, Agustin, Scipion, Casimir, y que en su juventud tuvo un amor temprano por una hermana de los señores Périer que murió prematuramente. ¿Concuerdas esto, señora, con sus recuerdos?

Reciba usted el homenaje de mi respeto.

Sainte-Beuve

Esta vez, la conversación se anuda con la señora Beck Bernard sobre sus recuerdos personales o sobre aquello que Sainte-Beuve llamaba en su segunda carta “el soplo directo

de la tradición”. Sainte-Beuve se informa, se interroga. Conoce la seguridad y la extensión de esos datos.

La señora Beck Bernard apuesta sobre esta vía de gran comunicación, si se puede aplicar aquí la palabra y se sirve de ella, si se puede decir que se sirve ya que hemos notado su modestia, no para un provecho personal sino para facilitar el progreso de las ideas que le son caras. Es probable y natural. ¿No había sido acogida en la *Revue*? Paris es una tribuna diferente a Lausana. ¿Por qué entonces, no golpeó las puertas de Buloz y creyó más conveniente consultar o hacer intervenir, en el artículo proyectado, algo diferente a escenas de las Pampas? Enseguida Sainte-Beuve se pone en guardia. En la carta siguiente, el límite que él se traza y que asigna a sus corresponsales más calificados es de una claridad que roza la sequedad. Se excusa, pero queda en contacto con cierta reserva que le exigía no sólo su nombre sino también una situación personal y una política delicadas. Es lo que hace interesante la abstención motivada, clara y digna de la que testimonian estas líneas:

Paris, 19 de septiembre 1868

Señora:

Aunque escriba y reescriba a la *Revue*, desde hace un tiempo no sé absolutamente nada de lo que pasa en el interior de las oficinas ni de la trastienda. El señor Challamel-Lacour (*sic*) no está más allí. El señor Buloz es el único que decide de todo, juzgando todo por sí mismo y con buen tino. Si cree que una cosa es buena para su *Revue*, la toma. Lamentablemente está ausente muy seguido, viene a Paris cada quince días y pasa el resto del tiempo en su casa de Ronjoux, cerca de Chambéry. Pero es aquí a Paris que hay que enviarle todo. Cuando lo vea le hablaré de usted. La cuestión del dinero no debe ser aludida por usted. Déjelo hacer. He aquí una respuesta muy seca, pero muy positiva, que tiene las características de una carta de negocios. Usted puede, al enviar el manuscrito con una carta, nombrarme en la carta. ¿No está usted en relación con el señor Casimir Périer? Una nota de él sería interesante.

Reciba usted el homenaje de mi respeto.

Sainte-Beuve.

Así, Sainte-Beuve, al no aceptar patrocinar ante el señor Buloz un artículo del que quería quedar absolutamente alejado, reenviaba a la señora Beck-Bernard a sus propias relaciones, los Périer, para mostrar su manuscrito al señor Buloz. Es decir que sobre el contenido probable de ese manuscrito, hacía sus reservas. Pero su corresponsal seguía persistiendo en su plan, sostenida tal vez por el grupo de intelectuales “liberales” al que estaba afiliada, en Francia y en Suiza.

Mientras tanto, el “liberalismo cristiano” (así se llamaba) tomaba forma en Suiza y pronunciaba sus fórmulas. Un diario, *La Emancipación*, se convertía en su órgano. Y reunía en su programa a los intelectuales venidos de distintos puntos del horizonte, o más bien de los horizontes variados de la política, de la filosofía, del espiritualismo libre-pensador, del

catolicismo liberado, del protestantismo descalvinizado. Un movimiento de conjunto se dibujaba a favor de un idealismo religioso anti dogmático al que se ligan naturalmente, en París, los nombres de los dos Coquerel en Estrasburgo los de Reuss, el exégeta célebre, de Colani, de Neffizer, fundador del *Tiempo* y de la *Revista germánica*, y en diversos puntos de Francia y de Suiza, en el Havre Fontanès, en Libourne Jules Steeg, en Orthez Félix Pécaut, en Ginebra luego en Estrasburgo Edmond Scherer. Estos tres últimos dejaron su cátedra pastoral para retomar su libertad de conciencia y de acción. La independencia soplaba sobre la filosofía anti-cousiniana como sobre la política, ya republicana sin partido republicano constituido todavía. La opinión sobre el fin del Imperio era como una gran nave fustigando los mares hacia un futuro de “sueño”, teniendo a bordo a aquellos que se proponían para fundar un futuro intelectual superior, alguno del siglo XVIII, alguno del XVI, alguno de la Iglesia primitiva, alguno de ninguna Iglesia determinada y esa era justamente la Iglesia ideal, la Iglesia de las Iglesias, la “comunidad de los santos”, establecida por hombres, en la fraternidad de una fe libre, universal.

Tal era la incubación político-religiosa en la víspera de 1870, en los bordes del Lemán. Y la *Emancipación*, diario de la nueva república y de las almas religiosas o deseosas de religiosidad, iba a tener su equivalente en otro diario, *La Esperanza*, consagrado éste a las cuestiones femeninas y en el que el rol social de la mujer, su lugar en la sociedad moderna, iban a ser estudiados de frente por primera vez.

La señora Beck Bernard, apóstol del primer diario, será una redactora activa del segundo, en esos años que siguieron la guerra de 1870, y que marcan en todas partes un hito. En el año 1869, el último de su correspondencia con Sainte-Beuve, hace una tentativa directa ante este último para atraerlo a la órbita donde gravitan desde ese momento las mentalidades generosas que, de Ginebra a Montbrillant, de Montbrillant a Veytaux y a Neuchâtel, trabajan en el advenimiento de la ciudad futura. Que conquista sería, para las nuevas ideas, una recluta como la de Sainte-Beuve. Y qué lastima que, de los intercambios, sólo quede la página que se va a leer, - en verdad decisiva, y que debió decepcionar singularmente a la amable señora en busca de apóstoles. En esta carta todo es notable, cada palabra tiene su peso, su alcance. Posterior de seis meses a la precedente, supone también otras cartas que, por lo demás, es fácil de imaginar leyendo ésta. La señora Beck-Bernard ha proyectado evidentemente el viaje a París, ha dado su dirección a Sainte-Beuve y espera “su visita”. Sainte-Beuve le responde con fecha del 18 de marzo de 1869:

Señora:

Ante todo tengo que excusarme rogándole considere que soy un inválido, que el transporte en coche se me ha prohibido, que no voy más que a pie y a pasos lentos; que en consecuencia no hago *ninguna visita* y que no puedo elegir las ocasiones de ver a la gente. Es por todo ello que no he podido ocuparme del asunto de su artículo ante una *Revue* a la que pertenezco tan poco.

Si veo al señor Buloz o si él viene a verme, le recordaré que tiene un artículo de usted.

He recibido el programa del nuevo Diario y de esta *Emancipación* cristiana; pero, al tiempo que la saludo con mis mejores augurios, permítame no imitar ni al señor Edgar Quinet^{vi} ni a los otros adherentes. En efecto, odio las palabras de doble sentido. Ahora bien, si la crítica y el primer uso que se hará de esas palabras conducen a los espíritus a no admitir la divinidad de Cristo ni su rol sobrenatural,

¿cómo hacer si se pertenece si no a una Iglesia y a una comunión, por lo menos a una reunión cristiana de nueva inspiración? Hay en todas estas empresas un sobreentendido que me parece conducir a confusión. Los creyentes suponen siempre que uno permanecerá siendo más o menos cristiano según su entender y que se conservará el suficiente sentimiento religioso, la veneración religiosa, para no caer en un puro racionalismo o en un puro empirismo. En cuanto a mí, yo respeto y honro esas tentativas; pero considero que no tengo ninguna cualidad para alentarlas.

Reciba usted el homenaje de mi respeto.

Sainte-Beuve

P.S.: Veo en el *Journal de Genève* un mayor desarrollo de estas ideas: no puedo más que persistir en mi abstención de opinión en presencia de tantas expresiones generales y de términos vagos que me parecen desviados de su sentido más natural. Quien dice *religión* dice *religión* y no dice *filosofía*. Quien dice *cristiano* dice algo que no es la simple naturaleza ni el resumen de la observación natural. La palabra *ideal* es una capa que cubre muchas cosas y cuyos pliegues cubren huecos.

Nada más decisivo, más leal, más fiel al último estadio del pensamiento de Sainte-Beuve que un respuesta tal. Precisa su actitud final frente al problema religioso.

La conversación habría podido quedar allí, y sin duda, otros habrían abandonado la partida. No fue así con la señora Beck Bernard. Tal vez esta respuesta tuvo por efecto reafirmar su voluntad de ir a Paris, conocer por fin su corresponsal, explicarse más claramente con él, sin embargo sin esperanza de convertirlo. Además estaba ese manuscrito en espera (del cual no sabemos nada, excepto que jamás fue publicado). Pasa el tiempo. Luego un breve mensaje de Sainte-Beuve, el último de aquellos que han sido conservados, nos informa que dos meses más tarde la señora Beck Bernard está en París. Ha ido a ver a Sainte-Beuve. No lo ha encontrado. El le escribe enseguida:

14 de mayo de 1869, 11, Rue Montparnasse

Señora:

Siento mucho nuestro desencuentro, no me atrevo a esperar que me perdone. Si uno de estos días a las cuatro de la tarde usted pudiese molestarse, podría yo al menos decirle de viva voz cómo me halagan sus atenciones y tener el honor de conocerla.

Reciba usted el homenaje de mi respeto.

Sainte-Beuve

Al día siguiente, la señora Beck Bernard lo visita. Tienen una larga conversación que ella registrará de regreso a su domicilio. He aquí ese documento, que ha permanecido en poder de su hija, la señora Bavier y que nos muestra a Sainte-Beuve en su casa y nos hace asistir a su conversación pocos meses antes de su muerte.

VISITA A SAINTE-BEUVE

17 de mayo de 1869

«El señor Sainte-Beuve vive en el número 11 de la calle Montparnasse en una pequeña casa de un solo piso, de apariencia muy sencilla. Me hicieron entrar en un salón comedor embaldosado y amueblado sin ningún lujo y de allí a un salón con dos ventanas, muy oscuro, que daba sobre un pequeño jardín rodeado de altas murallas y árboles frondosos. Ese salón, tapizado en terciopelo granate deslucido, cortinados de lana marrón, alfombra gastada, no tiene por ornamento más que un reloj de pie y dos lámparas de bronce, dos espejos, y sobre una mesa ovalada, una bandeja para las cartas de visita. Esperé allí un momento; luego la persona que me había introducido me rogó subir y me hizo entrar en un gabinete de trabajo atiborrado. De las dos ventanas que daban sobre el jardín, una sola tenía cortinados de lana verde; dos grandes armarios vidriados repletos de libros amontonados en todos los sentidos; dos mesas, una al lado de la otra, cubiertas de diarios, libros, folletos, pruebas para corregir, papeles; libros esparcidos sobre todas las sillas; en un rincón, una cama de hierro recubierta con una sobrecama verde y un tapiz blanco hecho al crochet. Sobre la chimenea, un pequeño reloj de péndulo, candelabros, una fea cesta para papeles bordada en tapicería. Delante de los morillos, dos sillones tapizados de cuero marrón, con un pequeño taburete delante de uno de ellos.

Al cabo de algunos minutos de espera, Sainte-Beuve entró. Parecía tener sesenta y cinco años, pesado, gordo, caminando con dificultad; por encima de sus tobillos bandas de tejido de lana atadas con cintas. Debió haber sido pelirrojo en su juventud. Su cabeza redonda está desprovista de cabello, salvo dos mechones en jopos rojos y blancos mezclados que empuja un gorro de terciopelo negro puesto hacia atrás, de manera singular. Los ojos grises, agudos, y que recuerdan a los del gato, tienen sobre ellos espesas cejas erizadas como matas rojizas cargadas de hielo. La nariz es puntiaguda, la boca delgada, no muy grande, una mezcla de bonhomía socarrona y desdén malicioso. Tenía una camisa de percal rojo y blanco a rayas y con jabot; un traje negro todo muy limpio. Se disculpó muy cortésmente de haber tenido que rechazar mi primera visita y me agradeció por no haberme dejado desalentar, pero su salud era deplorable y lo forzaba a una reclusión casi constante.

-Sufro, me dijo, de un mal humillante, de cálculos que me hinchan los pies, me impiden caminar y no me permiten utilizar el coche. Pero vamos a hablar de otra cosa, dejemos eso. He recibido después de su carta, una del señor Buisson. Mire, señora, hay en todo esto un malentendido que debo explicarle.

Al salir de la Escuela de Medicina, yo era realista, completamente realista. Luego durante siete u ocho años, estuve enamorado, o si usted prefiere, enfermo de los nervios, y escribí libros que tal vez usted conozca o no como *Consolación*, *Joseph Delorme*, una pequeña novela, *Volupté*. Luego caí en el misticismo y escribí *Port-Royal* muy a pesar mío, saliendo de mí mismo para escribir ese libro. Luego me ocupé pura y simplemente de literatura. ¡La religión, Señor, la religión! No veo nada mejor en moral que el sermón, pero no hay que tocarlo. ¿Cómo comprenderlo si no es a través de lo sobrenatural? Si se pretende unir la filosofía y el cristianismo, la filosofía absorbe todo...

Luego están los desagrazos que me han hecho en el Senado, que me han colocado en una posición que yo no he buscado de ninguna manera. Voy raramente al Senado. Casi nunca. Y bien, es poco interesante, aburrido, a veces cuestiones administrativas bastante bien tratadas, pero en general es árido, chato. Un buen día llega el señor de Ségur d'Aguesseau quien, bajo un pretexto frívolo comienza un largo discurso que nadie escucha ni siquiera yo mismo. Como él continuaba a pesar de que le rogaban terminar, presté atención y vi que por medio de muchos atajos caía sobre los cursos del Collège de France y sin nombrar a Ernest Renan, habló tan claramente que no podía uno equivocarse. Fue entonces que creí mi deber

responder al señor de Ségur, reivindicando los derechos del libre pensamiento. Entonces de pronto se dijo: “Sainte-Beuve esto, Sainte-Beuve lo otro”. Creyeron que yo me había enojado y encolerizado pero son mis nervios y como caí enfermo poco después, el padre del señor de Ségur hizo reproches a su hijo diciendo que él me había enfermado, y lo que es verdaderamente bufonesco, vino a pedir noticias sobre mi salud.

Y además, está esta historia que me hicieron para mi cena de Viernes Santo, de la cual todos los periódicos religiosos y Veuillot han hablado tanto y he aquí la historia:

El príncipe Napoleón me hace el honor de cenar en mi casa una vez al año. Me enteré que iba a partir (como siempre) y como cena todos los viernes en la casa de una dama de mucho talento a quien conozco, le requerí que le pidiese al príncipe fijar un día para cenar conmigo.

El príncipe, que debía partir el lunes después de Pascua dijo “De aquí a ocho días, el viernes”- No puede ser, dijo la dama, es Viernes Santo. – Viernes Santo, ¿qué más da? Respondió el príncipe y se decidió que se cenaría esa noche en mi casa. Como la dama, aunque bastante ligera, guarda siempre las formalidades, encargué una cena sin carne. El mismo día, la dama se hizo excusar, diciendo que tenía migraña. Se le había preparado un ramo, que se le envió. Vino el príncipe^{vii}, ninguna dama. Cenamos, luego tomamos el café, fumamos cigarros, charlamos. Los diarios ultramontanos presentaron todo como una orgía espantosa hecha expresamente un día santo, etc. Fue entonces que Edmond About respondió y dijo: “No había ni jamones, ni salchichas”, etc. En el Senado, comenzaron a decirme cosas desagradables y fue entonces que, en el momento de la propuesta del Sr. Duruy, respondí a los obispos, hablé de las águilas del Capitolio, de los Diocesanos, etc. Como se sabía que yo debía hablar, una veintena de personas simpáticas se me acercaron a la tribuna y dije, haciendo alusión a eso: “Yo sé cuál es mi verdadero público”. ¡Se creyó entonces que hacía alusión a mis lectores, que tomaba a toda Europa como testigo! Se agrandaron singularmente todas esas cuestiones y se me hizo una posición que yo no había buscado para nada, pues, lo repito, no entiendo nada de filosofía, yo soy literato, simplemente literato.

Hablando del Sr. Buisson Sainte-Beuve dijo entonces respondiendo a una objeción: -Yo no hago falsos discursos: o todo o nada. Recibo un diario de filosofía: ¡qué gentes tristes esas! Ni siquiera permiten que se diga ¡Dios mío! Yo, cuando sufro digo siempre ¡Dios mío! y eso me reconforta. No es que me preocupen mucho las formas. El Domingo de Ramos, me han colocado un ramo bendito en mi chimenea, lo he sacado aunque en el fondo, me daba lo mismo. Pero como literato, escritor de monografías, debo hablar de todo. Escribí un artículo sobre la señora Valmore. Oh! ¡Mi Dios! ¡Tuve que hacer referencia a su culto a la Virgen! ¡Tuve que escribir eso!

Reivindiqué (continúa la señora Beck Bernard, que hace aquí recomenzar el diálogo sobre su tema favorito) los derechos de la conciencia, y hablé del cristianismo práctico, del protestantismo liberal.

-No lo conozco, dijo él. ¡Vivo tan retirado! Pero lo que usted dice es verdad. Sólo se debería apelar a un examen de conciencia y contentarse de eso como profesión de fe. Todas las épocas son épocas de transición. El espíritu humano nunca está contento, nunca está tranquilo...

Hablando aún del príncipe Napoleón y de su partida, Sainte-Beuve dice:

-No podía quedarse aquí durante las elecciones, uno no tiene idea de la manera en que habla. Una vez, el príncipe dijo: ¡Su gobierno es puro estiércol! Otra vez dijo: ¡Es guano!

¿Ha visto usted a Buloz? No ha podido recibirme: era el día 12. Oh! Es verdad que en esa fecha ni siquiera el Emperador sería recibido. Buloz es un hombre singular. Lo que se

le dice le importa poco. Quiere juzgar por sí mismo. Cuando está contento no se obtiene de él más que un “¡hum!”, así, un gruñido... Le hablaré de su artículo, dígame un poco, ¿de qué se trata?

El relato manuscrito no lo dice. La redactora se retrae completamente para dejar hablar a Sainte-Beuve.

-Veo dónde está Montbrillant, agregó Sainte-Beuve, sobre la pendiente de Ouchy, no lejos de la campaña de la Roche-Jacquelin. ¡Es espléndido! En la campaña Roche-Jacquelin iba a visitar a veces a una vieja dama noble; era un despojo de la antigua sociedad. He conservado un buen recuerdo de Lausana. ¿Qué hace el Sr. Vuillemin? Tiene, en mi opinión, un verdadero talento de apreciación, de estilo, todas las condiciones requeridas para un historiador de primer orden. He leído con gran interés su noticia sobre Lefort. ¿La señora Forel vive todavía?

Doy detalles sobre la colección de cartas del Sr. Vinet. Sainte-Beuve casi se enoja.

Y ¿qué ha pasado con esas cartas? Por favor, señora, cuide que esas cartas no se pierdan; y si alguna de ellas da lugar a notas, a observaciones, que la señora Forel o el señor Vinet las escriban en la parte de debajo de la copia de la carta. ¡Debe hacerse eso absolutamente, fíjese que se haga! El pensamiento completo de Vinet no se encontrará en esa correspondencia. Escribía para el público, por conciencia, ubicándose en un punto de vista único y exclusivo. Su correspondencia íntima debe devolvérselo tal como era. Era un espíritu elevado, nunca contencioso en la discusión. Si viviese aún, ante las opiniones de hoy, Vinet no tendría más que subir un escalón.

Yo estaba parada para partir. Sainte-Beuve me siguió hasta el fondo del vestíbulo para recomendarme las cartas de Vinet. Dos veces se sacó su gorrita negra y me dijo de manera casi solemne:

-Adiós, señora, adiós.

Una horrible tormenta no había cesado de abatirse durante toda nuestra conversación. La lluvia caía con ruido sobre una jaula vidriada ubicada cerca de la ventana. Los pájaros asustados batían las alas contra los vidrios. Frecuentes relámpagos atravesaban con su resplandor la semioscuridad de la habitación. Sainte-Beuve hablaba sentado en su sillón, frente a mí, con los pies apoyados en su taburete, la cara en la sombra. Yo veía solamente brillar sus ojos grises y, cuando se volvía a la ventana, la silueta extraña de su nariz puntiaguda, de su gorra echada hacia atrás y de su mecha de cabellos sobre su sien.

Aquí se detiene la “redacción” de la señora Beck Bernard. Tiene, nos parece, un valor de documento. Se ve el último Sainte-Beuve, muy cerca de la muerte que siente próxima (notar el tono de su “adiós”), pero intacto de espíritu, irreductible de actitud sobre la cuestión filosófica y religiosa, y de una sensibilidad profunda por todo lo que tocaba a ese pasado al que el nombre de Vinet estaba tan noblemente atado. Ese Sainte-Beuve expansivo, abundante, libre y discursivo, pareciera escuchárselo, con ciertas palabras que son sólo suyas, -“Vinet no tendría más que subir el escalón”-, y que asombraron justamente a la visitante, quien, tan exactamente y piadosamente, las grabó enseguida. ¿Pensó en utilizarlas algún día? Si fuese así, ese relato habría podido encontrar su lugar en esos *Souvenirs* que comenzó a redactar en 1886, nos dice el señor Correvon, y que fueron interrumpidos. Esta primera visita a Sainte-Beuve debía ser también la última. El fin estaba ya próximo. Jules Troubat lo ha contado^{viii}.

Sin embargo, otras cartas fueron seguramente intercambiadas después de esta visita. Un sobre destinado a la señora Beck Bernard, escrito de la mano de Sainte-Beuve, estaba sobre su escritorio cuando murió, el 13 de octubre. Y es en ese sobre, con intención, que Jules Troubat insertó, casi tres meses más tarde, el 8 de enero de 1870, la respuesta colectiva de los ejecutores testamentarios de Sainte-Beuve a la carta de condolencias que la señora Beck Bernard había dirigido a la calle Montparnasse. El sobre contenía la fotografía de Sainte-Beuve, de Emilie Robert, y tres nombres sobre la misma tarjeta, Marc Fabre, Auguste Lacaussade, Jules Troubat, “ejecutores testamentarios del señor Sainte-Beuve”. Estas líneas acompañaban la carta:

Con la expresión de nuestros más vivos pesares y de mis humildes excusas por no haber respondido aún a una carta tan llena de afección por el gran muerto. Desde el 15 de octubre no he dejado de estar asaltado de inquietudes que se unieron a la grande. Ruego a la señora Beck Bernard aceptar la sinceridad de mis sentimientos respetuosos y reconocimientos que le he guardado entre aquellos de los amigos que la muerte de Sainte-Beuve ha dejado fieles a su memoria. Jules Troubat. »

Esta fidelidad, matizada de reconocimiento pensativo, no se desmintió jamás en la mujer de la que evocamos el recuerdo que permanece siempre vivo en los corazones de aquellos que la han conocido y pintado. Acogedora y conversadora en el gran salón de Montbrillant, activa tanto con sus dedos como con su inteligencia, dejaba correr su aguja sobre el encaje como sus ideas sobre las obras femeninas a fundar y que ella fundó. Centro amable de cultura literaria, centro de almas y de amistades elevadas, fue generosa con su fiel entorno más con el corazón que con el talento. Es por eso que quisiéramos verla revivir, si no en un retrato a la manera de La Tour, o un mármol a la manera de Houdon, como su brillante vecina del Lago inmediato, la dichosa señora de Charrière, al menos en una de esas carbonillas delicadamente “ingristas”, tales como las que ha dibujado tan puramente su compatriota Gleyre, honor del museo de Lausana.

S. Rocheblave

Trad. Silvia Zennarruza de Clément

Notas de la traductora

ⁱ Destruída por los alemanes durante la guerra, esta estatua será próximamente repuesta en Colmar, como ha sido reedificado el monumento de J. J. Henner, en Bernwiller, también destruido por los alemanes.

ⁱⁱ Alexandre Rodolphe Vinet (alrededores de [Lausanne](#) 17 de junio de 1797 - [Clarens, Vaud](#), 4 de mayo de 1847) fue un crítico y [teólogo suizo](#) (N.d.l.t).

ⁱⁱⁱ Ver nuestro estudio sobre *Georges Sand et la littérature prolétaire* Revue des Deux Mondes del 1º al 15 agosto 1909 ; Lettres à Poncy.

^{iv} Charles Beck. *Ensayo sobre las condiciones geológicas, industriales, políticas y literarias de la República Argentina*, 1865.

^v Nota sobre la señora Lina Beck Bernard por G. Correvon, Lausana, 1989.

^{vi} Edgar Quinet , Ferdinand Buisson y un cierto número de universitarios avanzados se habían unido desde un primer momento al programa de la *Emancipación*.

^{vii} Los invitados eran seis: Taine, Renan, About, Flaubert, Robin y el príncipe Napoleón. (Ver J. Troubat: *Souvenirs et indiscretions*)

^{viii} *Souvenirs du premier secrétaire de Sainte-Beuve y Souvenirs et indiscretions*. (Calman-Lévy)